



EL YERMO

SERGI LLAUGER

DOLMEN

expres

EL YERMO

Diseño de portada: Daniel Exposito

El diseño y el sello **exprés** se usan en esta edición bajo convenio con Grupo Océano

© 2021 Dolmen exprés
© de la obra: Sergi Llauger

Primera edición en Dolmen exprés: febrero 2021

ISBN: 978-84-18510-40-3
Depósito legal: B.23.315-2013

Autor: Sergi Llauger
Editor: Vicente García
Coordinador de la línea: Jorge Iván Argiz
Maquetación interior: Nuria Aina Bonel
Dirección: Darío Arca

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Impreso en España / Printed in Spain

www.dolmeneditorial.com



A mis padres, Sergi y Leonor, sin ellos nada sería posible.

A mi sobrino Álex.

“Desconozco qué armas se usarán en la Tercera Guerra Mundial, pero en la Cuarta serán palos y piedras.”

– Albert Einstein (1879–1955).

EL YERMO



GRUTA DE LOS SILBIDOS •

• DESIERTO HELADO

• GRAN CRÁTER DE YORKSHIRE

PUERTO DE LIVERPOOL •

• FACTORÍAS DE NOTTINGHAM

• CIUDAD FANTASMA
DE CAMBRIDGE

PRISIÓN ABANDONADA DE WOODHILL •

• REPÚBLICA DE STANSTED

• RUINAS DE LONDRES

• ASENTAMIENTO
DE LEVANTE

CAVERNAS DE CHEDDAR GORGE •

• LA VEGUERÍA

• ASENTAMIENTO
DEL SUR

• COSTAS GRISES

IRLANDA



La noche del 13 de marzo de 2007, con temperaturas que alcanzaban los veinte grados bajo cero, dio comienzo la construcción de la Bóveda Global de Semillas de Svalbard. Se forjó a más de ciento veinte metros de profundidad en una montaña de piedra arenisca en la isla de Spitsbergen, a 1.300 kilómetros del Polo Norte. La creación del búnker fue llevada a cabo mediante un esfuerzo internacional con el fin de convertirlo en el almacén de semillas más grande del mundo, creado para salvaguardar la biodiversidad de todas las especies de cultivos y vegetación del planeta en caso de grandes catástrofes como el calentamiento global, una subida extrema del nivel del mar, o incluso una guerra nuclear. Al llegar la obra a su fin, en el invierno de 2008, protegidas por el hielo ambiental y una sucesión de laberintos acorazados, se depositaron en su interior 526.129 muestras de semillas provenientes de todos los rincones de la Tierra. La voluntad era que su esencia permaneciera inmutable, como el paisaje de glaciares y picos nevados que las custodiaba. De inmediato, esta arca de Noé botánica fue bautizada popularmente como “Bóveda del fin del mundo”.

PARTE I
LA VEGUERÍA

1

Adam ignoraba que ese amanecer era el de su vigésimo primer cumpleaños. El joven abrió los ojos, asustado, y agarró con firmeza las sábanas sucias de la cama; había tenido otra pesadilla. Respiraba de forma agitada y le costó quedarse inmóvil unos instantes para prestar atención. Ya no se oía la lluvia repicar sobre el techo de la casa, ni ningún aullido roto proveniente de la vastedad del Yermo; ambos sonidos habían llenado la noche desde el ocaso y durante todos los momentos de oscuridad en los que el muchacho despertó sobresaltado. Percibir nada más que el solemne silencio del alba lo calmó. Por último olfateó el aire; acarreaba un fresco aroma a tierra mojada.

Estaba a salvo, comprendió al fin.

Desde el salón, en el piso de abajo, una canción del pasado, de un grupo llamado The Beatles, empezó a sonar con nostalgia y armonía, como hacía siempre que la vieja gramola de su padre giraba aquel disco anticuado y polvoriento, el único que su hermano Caleb y él poseían entre una limitada colección de objetos rotos.

Cerró los ojos y aguardó tumbado en la cama. Inspiró hondo y exhaló el aire despacio. Cada amanecer, antes de ponerse en pie, lo hacía y se preguntaba si llegaría vivo

hasta la noche. En el Yermo conseguir tal hazaña a menudo se convertía en toda una exhibición de supervivencia.

Mentalmente repasó las tareas que tenía pensadas para el nuevo día, la principal; buscar comida, así que procuró desperezarse. Se incorporó sobre su jergón y apoyó los pies en el suelo de madera; el tacto era gastado y áspero. Le resultaba reconfortante. Se frotó el rostro con la mano y después se la pasó por el pelo color ceniza. Le sorprendió que su hermano menor no estuviera en la cama de al lado durmiendo a pierna suelta. Caleb era de despertar perezoso y, por norma general, tenía que zarandearlo un par de veces para que espabilara. Que hubiera madrugado tanto era un hecho, cuanto menos, inusual.

Se levantó y se vistió con su ropa de abrigo. Pese a que el terreno donde vivían era árido y en la actualidad se asemejaba más bien a un desierto, hacía frío... siempre hacía frío, y no podían gozar de un poco de calor a no ser que consiguieran encontrar —y en muy raras ocasiones sucedía— trozos de madera u otro combustible esparcidos entre las ruinas del Yermo. Y si lo hacían, normalmente preferían preservarlos para cocer los pocos víveres que tenían y comer en condiciones antes que malgastarlos en encender la chimenea.

Al frío podían acostumbrarse. Al hambre no.

Bajó por las escaleras y vio a Caleb sentado en el sofá; un estropeado diván desmullido y lleno de manchas. En aquel momento la canción llegó a su fin y la aguja del giradiscos se salió del vinilo, pero el chico ni se inmutó; siguió mirando con ceñuda concentración el reflejo del alba que se colaba por la ventana y que, poco a poco, ganaba terreno a las sombras del salón.

—Se acerca el periodo de luz —dijo al oírlo bajar. Un resplandor pobre acariciaba su piel pálida.

Caleb poseía una considerable estatura, pero su rostro anunciaba muy a las claras que no debía de tener más de doce años. De todas formas no podían estar seguros de ello, hacía décadas que los relojes se habían detenido y ya no existían los calendarios ni las estaciones. Tras la que fue bautizada por algunos supervivientes como la Guerra del Olvido, muchas cosas habían cambiado de forma drástica, entre ellas, que el tiempo pronto dejó de ser un factor exacto y fácilmente mensurable.

Adam pasó por su lado sin pronunciar palabra y se acercó al hueco forjado del cristal para observar el paisaje. En el exterior la lluvia había cesado por completo, pero el contorno de las dunas, difusas bajo la bruma matutina, apenas se hacía visible. Solo las lejanas y silenciosas ruinas de Londres, con la cima raída del Big Ben que coronaba el horizonte, reflejaban una luz verdosa y mortecina sobre algunos de los esqueletos de las estructuras caídas. El semblante se le ensombreció al estudiar las extrañas huellas de garras aparecidas sobre la arena que rodeaban toda la casa. Algunos amaneceres las traían consigo, como un recordatorio funesto y explícito de que aquella noche algo los había acechado en la oscuridad.

— Aún no ha salido el sol —repuso el muchacho, que trató de ocultar su inquietud—, y a juzgar por la lluvia de esta noche dudo que lo haga.

— ¿Eso significa que hoy tampoco vamos a salir fuera? —inquirió Caleb.

Su hermano mayor se quedó callado, cavilando la respuesta.

— Quizá más tarde, o mañana, si se despeja el cielo.

— Pero ¿por qué? —protestó el chico.

Adam se volvió hacia él.

— Ya sabes por qué...

—Pues no es justo. Llevamos dos días igual. —Apartó la mirada, decepcionado.

Caleb odiaba los días como aquel, jornadas enteras en las que debían encerrarse en la casa por miedo a que en el exterior oscureciese demasiado rápido o a que la dañina lluvia los sorprendiera mientras buscaban suministros. Quedarse en el refugio sin nada mejor que hacer que observar el cielo era un fastidio.

Adam le dedicó una leve sonrisa, restándole importancia a su enfado. Siempre había pensado que de haberle tocado vivir en otros tiempos, tiempos más civilizados en los que aún quedaban escuelas, Caleb habría llegado a ser un brillante científico o, tal vez, un audaz ingeniero. Pero eso eran utopías, anhelos fraternales que con cierta pesadumbre guardaba para sí mismo y que sabía que jamás se iban a cumplir.

Se dirigió hasta el armario de la cocina y sacó de dentro una lata de legumbres en conserva. Tres días antes había encontrado unas cuantas medio enterradas en la arena, cerca del cadáver desnudo de un viajero que yacía en mitad del desierto. Fuera quién fuese el que lo atacó no debió de reparar en ellas. Por curiosidad miró la fecha de caducidad; se intuía de forma borrosa enero de 2028, aunque sabía que esa información no le iba a servir de nada; hasta que no la abriese no podría estar seguro de si la comida del interior se conservaba en buenas condiciones. Desde luego, aquel era un nutriente de riesgo. Quedaba ya muy poco alimento del pasado que fuera comestible. Y solo los recipientes que no estaban abollados ni agujereados y que su contenido poseía una gran cantidad de azúcar o sal todavía resistían bien el paso del tiempo.

—¿Tienes hambre? Nos quedan algunas raciones de judías
—Adam elevó la voz por encima de la puerta del armario.

—No me gustan las judías — oyó refunfuñar a Caleb.
—Pues me temo que no hay otra opción —murmuró para sí mismo, y abrió la lata con un sonoro chasquido.

Durante el resto de la mañana el cielo permaneció abastecido de nubes negras que inundaron la tierra con sombras ominosas, de modo que tuvieron que desayunar a la luz de unas velas. Comieron en silencio y, en un momento dado, Adam observó cómo Caleb se entretenía dibujando con el dedo círculos imaginarios sobre la mesa.

—¿Qué haces? —le preguntó, al tiempo que se llevaba una nueva cucharada a la boca.

—Intento dibujar una circunferencia perfecta.

—Eso es imposible —descartó Adam mientras masticaba—. No se puede dibujar una circunferencia perfecta con la mano.

—No. No lo es —objetó Caleb—. Antes de que perdiera mis lápices de colores conseguí dibujar una en un trozo de papel.

Su hermano sintió una punzada de culpa. No se lo había confesado; no hacía mucho de eso y aún le dolía en el alma recordar el día que tuvo que hacer un trueque con aquellos lápices de colores tan bien cuidados. Los cambió en los bazares de la Guarida por un pedazo de lomo, se suponía, de cerdo. El mercader decía que era lo único que le interesaba de lo que traía y a Adam ya no le quedaban demasiados objetos con los que negociar. Era eso o seguir padeciendo hambre.

—Ya te dije que te conseguiría unos nuevos. Tú solo... dame tiempo, ¿vale?

Caleb no respondió. Cogió su cuchara salpicada por el óxido, removió las judías y comentó:

— Echo de menos a papá. Si él aún estuviera vivo no tendríamos que comer judías.

— Todo sería distinto si él siguiera vivo — ratificó Adam, que se lo quedó mirando—. Oye, alegre esa cara, ¿quieres? Yo no tengo la culpa de que el periodo de luz esté tardando en llegar más de lo debido.

El chico dudó antes de hablar.

— Podríamos... podríamos arriesgarnos a salir... — propuso con timidez.

Adam se sorprendió de oírle decir tal insensatez.

— No... Por supuesto que no — contestó rotundo.

— Si seguimos encerrados un día más nos vamos a volver locos...

— Y si salimos ahora puede que muramos — replicó — Es demasiado peligroso. Ya te lo he dicho antes; saldremos tan pronto como se despeje el cielo.

Caleb bajó la vista, sin más remedio que aceptar su decisión. Adam esperó hasta que su hermano volvió a mirarlo.

— Dime que lo entiendes. Dime que entiendes que no me niego por capricho.

El chico asintió.

— Lo entiendo, hermano...

— Está bien... — murmuró Adam, conforme. Su voz parecía cansada — Está bien... Y ahora come un poco. Estas judías no están tan malas como las de ayer. Te gustarán.

Para su sorpresa, el día no empeoró. Al mediodía el cielo se había despejado un poco y de vez en cuando se alternaban claroscuros que permitían breves pero radiantes intervalos de sol. Adam pensó que eso era suficiente como para sentirse seguros en el exterior durante un rato. Así que lo dispuso todo; cogió su mochila de cuero trenzado y se colgó del hombro el fusil SA80 de su padre. Era un modelo de asalto utilizado en el pasado por el ejército británico.

Llevaba acoplada una mira de visión nocturna, aunque la lente había acabado muy rallada y no estaba bien calibrada; la batería de litio permanecía casi vacía, así que jamás hacía uso de ella. Apenas le quedaba munición, pero el arma seguía funcionando bien. Con ella había conseguido matar un cuadrúpedo salvaje hacía menos de cuatro ciclos lunares. Aquello fue como una bendición; no les faltó comida durante una buena temporada.

Mandó a su hermano a llenar la cantimplora con las reservas de agua de la cisterna. Al volver, lo esperaba con una píldora de yodo que depositó en su boca.

—Toma. Mastícala bien —le indicó.

Caleb lo hizo sin rechistar. Él también se tomó una. Siempre las injerían antes de salir al exterior. El yodo era uno de los pocos elementos que no escaseaban. Sus propiedades lo consolidaban como el único remedio eficaz contra la radiación residual de la atmósfera. Era fácil de adquirir en los trueques de cualquier asentamiento.

Una vez estuvieron listos, corrieron los cerrojos de la puerta y una súbita brisa polvorienta les revolvió el pelo. La luz diurna los obligó a apartar la vista del cielo un breve instante.

—Ayúdame a deslizar la escalera —solicitó Adam, dirigiéndose al borde de la plataforma elevada que hacía las veces de porche.

La solitaria casa de maderas y hojalata estaba construida a cuatro metros de altura, sobre unas columnas de hormigón que todavía permanecían en pie. Sobre ellas descansaba un techo medio demolido que servía de base para el refugio; vestigios de un remoto parking de dos plantas. El padre de ambos, de origen nórdico, era ingeniero de estructuras de alta seguridad. Había llegado a Inglaterra unos años antes de la Guerra contratado por una empresa de construcciones subterráneas. Tras la hecatombe, había

puesto mucho empeño en situar la casa a una altura suficiente por encima del nivel del suelo.

“Mil ojos tenía el diablo... tantos como escondites salvaron al sabio. Todas las precauciones son pocas...”, repetía una y otra vez mientras él mismo y Adam transportaban kilos y kilos de madera y chatarra que encontraban para luego apilarlos y soldarlos debidamente. No solo ellos optaron por la precaución. Sus únicos vecinos, los Belicci, un matrimonio de refugiados italianos, vivían un par de kilómetros carretera abajo, en una chabola sostenida en las alturas, justo entre las paredes de dos edificios contiguos que parecía que fueran a derrumbarse en cualquier momento; algo que, por fortuna, nunca sucedía.

Ahora ya estaban muy mayores y rara vez se dejaban ver, pero Adam les tenía mucho aprecio. Se preocuparon por él y por su hermano cuando su padre desapareció en la vastedad del desierto y fue dado por muerto. Durante los primeros ciclos se aseguraron de que no les faltara comida. En la azotea de uno de los edificios tenían anexado un pequeño cerco con gallinas ponedoras y conejos enanos que alimentaban con una extraña pasta blanquecina, así que casi siempre disponían de huevos y de algo de carne.

Eran gente adorable.

Caleb se colocó junto a su hermano y ambos tiraron del engranaje que sujetaba la escalera. Ésta se deslizó hasta el suelo con un sonido de fricción. El impacto del hierro contra el terreno arenoso levantó una voluminosa nube de polvo.

Adam bajó primero y superó el último tramo de un salto. Al pisar tierra barrió la periferia con la vista.

Todo seguía igual que siempre; igual de muerto y desolado.

El mundo se había vuelto muy diferente a cómo lo recordaba de su niñez, antes de la hecatombe. Ahora el paisaje

era un inmenso páramo cubierto por los restos de una civilización abolida. La poca vegetación que crecía entre las grietas de la tierra era mustia y ajada, totalmente desnutrida, y se mirara donde se mirase, toneladas de ruinas y arena lo cubrían todo.

A lo lejos, donde antes se había levantado Londres, la mayoría de las casas bajas hacía años que se habían derrumbado. Tan solo algunos edificios, los más resistentes, servían como punto de apoyo para aquellas construcciones que se desmoronaban lentamente inclinadas sobre sus perseverantes esqueletos de hormigón. Todo en conjunto formaba un frente entrecruzado e irreal repleto de formas irregulares y puntiagudas cubierto por vapores negros. Adam siempre se decía al contemplar aquel horizonte que parecía como si una enorme ave hubiese caído del cielo tras ser herida de muerte, arrasando la tierra entera.

Tal como siempre les había ordenado su padre, debían tener mucho cuidado de no adentrarse jamás en la vieja capital. Ahora era un lugar condenado y lleno de peligros que era imperativo evitar. Ni una sola vez puso en tela de juicio sus órdenes. Y siguiéndolas, tras su muerte, es cómo habían conseguido sobrevivir todo el tiempo.

Echaron a andar en dirección a las marcas de la antigua A217, la carretera prácticamente sepultada bajo la arena que conectaba el sector de la Veguería con las inexploradas regiones del Norte. Caleb llevaba consigo una pelota de plástico rellena con trapos. Tenía una norma: nunca bajaba a tierra sin ella. En alguna ocasión había oído hablar de un deporte practicado en la Época Antigua llamado *football* que había despertado en él un gran interés. No es que se le diera muy bien lo de maniobrar el objeto con los pies, pero él lo intentaba. Adam le permitía jugar siempre y cuando

no se alejara demasiado y no le causara distracciones; su concentración debía radicar en observar con ojo avizor los alrededores y en escuchar con atención los sonidos que transportaba el viento.

—¿Qué buscamos hoy? —Se interesó Caleb tras un largo rato caminando. En aquel momento hizo un intento de malabarismo que terminó con un torpe traspié y con el esférico rodando por el suelo.

—Lo que sea... —recibió como respuesta.

Un repentino cambio en la dirección del viento movió un poste de metal roñoso que permanecía clavado a duras penas sobre el asfalto, a un lado de la carretera. La brisa hizo que Adam olfateara un olor sugerente, uno que se distinguía con facilidad: el olor a orina animal.

Alzó una mano para indicar a su hermano que se quedara quieto. Con la otra levantó el fusil.

—¿No oyes eso? —susurró.

—¿El qué?

—¡Shhh! —espetó, concentrado en averiguar de dónde provenía ahora un nuevo sonido rasposo.

Caleb contuvo la respiración.

De pronto, una liebre negra emergió de entre un matojo cercano; al verles saltó y empezó a correr veloz campo a través, en dirección a unas casas abandonadas.

—¡La madre que...! —Masculló Adam.

Sin pensarlo apuntó y efectuó un primer disparo. La bala materializó un pequeño surco en la tierra, a escasos centímetros del último brinco de la alimaña. Un potente eco se generó en el entorno. El muchacho reaccionó con rapidez; echó a correr tras ella tan veloz como sus piernas le permitieron. Era un buen corredor, mejor que cualquier hombre que él hubiera conocido. Sin darse cuenta, su boca empezó a salivar cuando Caleb, al que

no le había dado tiempo a distinguir nada, le preguntó ya desde lejos:

— ¿Qué era?

— ¡La comida de hoy! — vociferó, persiguiendo a la presa como si en realidad fuera el último trozo de carne que quedase sobre la faz de la Tierra — . ¡No te muevas de ahí! — le gritó a continuación.

Tras varias zancadas, se descolgó con destreza el correa-je del fusil e hincó la rodilla sobre la arena. Apuntó con la mirilla, siguió la mancha gris y disparó. Pero volvió a fallar por poco. El animalillo aceleró en otra dirección y desapareció detrás de unos espesos matojos.

— ¡Mierda! — Maldijo, dispuesto a no darse por vencido.

Lo siguió a través de la maleza y los descampados cercanos. Una rama afilada le rasgó la mejilla, pero él ni se inmutó; estaba completamente obcecado en cazar al animal. Su tenacidad lo llevó a perder la noción del tiempo y para cuando entendió que le había perdido el rastro, se encontraba ya pisando límites poco aconsejables, frente a las primeras calles de un municipio fantasma, como solían llamar los habitantes de la Veguería a aquellos lugares del todo deshabitados. La tendencia era pensar que si en un distrito no vivía ni un alma era por algo. Al final tuvo que resignarse y dejarse caer de rodillas.

Le invadió la impotencia y dio un puñetazo de frustración contra el suelo.

Había estado tan cerca...

Regresó cabizbajo, con el abatimiento de aquel que sabe que ha fracasado, hasta donde había dejado a su hermano. Pero al atravesar de nuevo la maleza y alzar la vista comprobó con horror que el chico no lo esperaba en el sitio que le había indicado; el sol recortaba su silueta más allá del lado norte de la carretera, en un punto que la vista apenas

alcanzaba. Permanecía de pie, estático, observando desde arriba los restos de unas escaleras que descendían hasta la boca de una estación de metro abandonada.

A Adam se le heló la sangre al verlo. Sabía perfectamente qué era aquel lugar.

— ¡¡Caleb, no!! — gritó. Y como si le fuera la vida en ello arrancó a correr de nuevo, con más ímpetu si cabe —. ¡No, Caleb! ¡Aléjate! ¡Aléjate de ahí!

Con los brazos le hizo señas frenéticas al chico, pero este ni siquiera lo miró. Dejó caer la mochila y el arma al suelo para poder ganar velocidad y unos segundos que, bien sabía, podían resultar cruciales. De su boca salieron más gritos de advertencia que Caleb no atendió, una y otra vez. Y a medida que fue aproximándose, desgañitado, hasta aquella entrada subterránea, notó cómo el aire se volvía más cargado, más corrupto, y difundía fétidos y nauseabundos olores.

Sin pensar en otra cosa que en poner a su hermano a salvo, Adam llegó jadeante hasta su posición. El chico pareció salir de un encantamiento cuando tiró de él con fuerza hacia atrás.

— ¿¡Qué demonios haces!? ¿Eh? — lo regañó tan asustado como enfadado.

Caleb chilló del sobresalto, y al ver tan enojado a su hermano se puso a temblar.

— ¿Qué narices crees que estás haciendo? ¡Joder! — insistió Adam a voces.

Caleb quiso responderle, pero Adam, histérico, lo zarandeaba con fuerza, y el miedo se lo impedía. Sabía que había obrado mal, que aquella clase de lugares eran los expresamente prohibidos.

Adam se agachó y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

— ¿Por qué lo has hecho, eh? — Su voz se suavizó. Lo cierto es que sintió un alivio enorme de que no le hubiera

sucedido nada malo... No podía soportar la simple idea de perderlo. A él no—. Ya sabes que no podemos acercarnos a sitios como este. Es su terreno...

Entonces Caleb hundió la cabeza en su hombro y rompió a llorar con toda la angustia que llevaba contenida, como si no lo hubiera hecho en años. El mundo era un lugar cruel, pensó. No soportaba vivir siempre con miedo.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho! Estaba jugando y se me cayó la pelota ahí abajo. No me atrevía a bajar a cogerla.

Señaló el umbral del oscuro pasadizo que descendía hasta la antigua red del metro londinense... en las mismísimas profundidades de la tierra. No había rastro del balón, que parecía haber sido engullido por aquella fría oscuridad. Unas hojas muertas que reposaban justo en el último tramo de luz jugaron a revolotearse, mecidas por una súbita brisa cavernaria.

El hedor que los abordó fue repugnante.

—No podemos ir a buscarla. ¿Lo entiendes? —dijo Adam.

Con ambas manos, le sujetó la cabeza al chico y trató de secarle las lágrimas; sus ojos parecían dos torrentes de agua cristalina.

—¿Lo entiendes, verdad? —repitió.

Caleb asintió, afligido.

—Es culpa mía. Siento haberte desobedecido. Soy un mal hermano —balbuceó.

—No. No pasa nada.

Lo abrazó de nuevo y Caleb se sintió reconfortado al notar el peso de sus vigorosas manos sobre la espalda.

—No te preocupes. Jamás dejaré que te pase nada —lo tranquilizó Adam—. No estás solo. Estoy aquí... aquí, contigo.

Durante los siguientes dos días llovió de manera copiosa. Que lloviera tanto y tan seguido no era algo bueno. Hacía años que el mundo se marchitaba progresivamente bajo la dañada bóveda celeste. Muchos habían muerto por ello y ahora la gente comprendía lo peligroso que resultaba exponerse a la lluvia. Adam había oído decir a algunos supervivientes que en una década dejaría de ser radioactiva. Otros, como los Belicci, no creían que el hombre pudiera volver a gozar ya jamás de los cultivos ni de los ríos. La única forma de conseguir agua pura era comprándola o extrayéndola de los pocos manantiales limpios que quedaban.

Desde la ventana de la casa, el muchacho observaba con fijación el atardecer; titánicos rayos azotaban la tierra en la lejanía como látigos salvajes y furiosos. Su resplandor salpicaba de un azul eléctrico los restos de Londres y creaba intermitentes siluetas de su caótica superficie, oculta bajo la oscuridad de la tormenta. A decir verdad, le parecía hermoso. No obstante, aquella imagen hizo que le vinieran a la mente vagos recuerdos del momento en que todo cambió, devolviéndolo a aquella fatídica etapa de su vida... cuando tan solo tenía seis años:

Aún podía recordar el característico olor a niebla y humedad durante los inviernos en el apartamento de Buckingham Gate, a orillas del Támesis. En aquellos primeros días, al mirar por la ventana de su antigua habitación del mismo modo que lo hacía ahora, el pequeño Adam vio potentes destellos de luz. Al principio fueron distantes, pero a medida que pasaban los días se hicieron más intensos, hasta el punto en que todo a su alrededor temblaba y tenía que taparse los oídos con las manos. Finalmente, se vio obligado a abandonar el hogar con su familia durante el transcurso de una noche fría que llegó con la única compañía del aullido caótico de las sirenas. Se acordaba del silencio posterior, cuando una intensa onda electromagnética dejó sin luz las calles y llenó de chispas e incendios los alrededores del palacio de Westminster. La hasta entonces cuna política y monárquica de la nación adquirió en cuestión de segundos una atmósfera del todo bélica y distinta a lo conocido. Las paredes del Big Ben se resquebrajaron; los puentes de Lambeth y Westminster, de casi tres siglos de antigüedad, vibraron con violencia sobre sus pilares y varios pedruscos enormes de pavimento se desprendieron y cayeron sobre las aguas agitadas del Támesis. Después de aquello empezó el verdadero Fin del Mundo: la tierra se sacudía de forma constante y los cielos no tardaron en quedar cubiertos por espantosas nubes negras que ensombrecieron las ciudades y helaron los campos. Adam y sus padres pasaron días a la intemperie antes de que pudieran encontrar un buen refugio subterráneo donde guarecerse. Y, de entre todas, conservaba una imagen que había quedado grabada a fuego en su cabeza: ellos tres caminaban por la antaño majestuosa Brompton Road, convertida ya en una avenida sin vida, bañada por completo por el gris plomizo de la ceniza que seguía arrojando el cielo. Como un triste reflejo de sí mismos, la gente con

la que se cruzaban arrastraba pesadas mochilas o carritos. Caminaban sin rumbo, con la mirada ausente, sin saber bien adónde ir o qué hacer con sus vidas. Recordaba al anciano que les suplicó ayuda; estaba desnudo, tendido en el suelo frente a la fachada calcinada del Oratorio, con una gran mancha de sangre bajo su cuerpo. Tras él, los restos barrocos del edificio se habían desplomado como un inestable castillo de naipes. Adam se lo quedó mirando, pero entonces su padre le hizo girar el rostro con la mano y siguieron andando, sin volver la vista atrás. Escenas como aquella iban a repetirse de forma muy recurrente durante los siguientes ciclos, aunque esa en concreto, la primera de todas, sabía que jamás iba a poder olvidarla.

Caleb volvió a toser desde el sofá, eso lo devolvió al presente. Durante la noche anterior el chico cayó enfermo y empezó a sudar enormes goterones producidos por la fiebre. Por norma general dormían juntos, pero cuando alguno de los dos enfermaba, por precaución el otro pasaba la noche en el salón para evitar posibles contagios. Era mucho más difícil y costoso conseguir medicinas para ambos que para uno solo. Y en los tiempos que corrían la higiene escaseaba y las enfermedades tales como la gripe, la malaria, o muchas otras de origen desconocido eran muy habituales.

—Cuando mejore el tiempo iré a la Guarida y te traeré algunas hierbas. Si hay suerte conseguiré un poco de vapor de telurio —murmuró Adam, observando el reflejo de su hermano en el cristal.

El telurio no era vapor, realmente, si no la savia extraída de una raíz que crecía en algún lugar celosamente encubierto de la Veguería. Luego se cultivaba y se condensaba dentro de pequeños recipientes. Su reputación curativa

estaba más que merecida. Muchos viajeros recorrían largos trayectos desde los lejanos asentamientos del sur y del este para comprobar si la leyenda era cierta.

Y lo era.

El chico, no obstante, declinó esa idea, acurrucándose bajo su manta.

—Creo que no hará falta que vayas. Ya me encuentro mejor. Adam lo miró, evidentemente no era cierto.

—No se te da bien mentir, hermano —dijo—. Además, apenas nos queda comida. Tal vez para un día más... dos como mucho, así que tendría que ir de todos modos.

Caleb reprimió las ganas de llorar. Aunque hubiese querido hacerlo, no se sentía con fuerzas para discutir. Estaba muy débil y los párpados le ardían. Sabía que era necesario, pero detestaba que su hermano se ausentara durante una jornada entera y lo dejara solo cada vez que tenía que desplazarse varios kilómetros hasta aquel condenado lugar. La Guarida, curioso nombre para un distrito amurallado, sumido en el caos y la anarquía, los negocios sucios y la barbarie. Su lúgubre iluminación llenaba de sombras sus callejones, que olían a sudor, prostitución y consciencia turbia. Una vez traspasado el portón de la entrada, uno debía vigilar siempre su espalda y tener los ojos bien abiertos, o tal vez podía quedarse sin ellos. Caleb estuvo solo una vez, cuando su corrupción aún no era tan grave, y ya tuvo bastante. Los niños, en general, no solían dejarse ver por allí. Era demasiado peligroso. Sus mayores sabían que resultaba fácil perderlos por un simple descuido, y si eso sucedía nunca más se volvía a saber de ellos.

Adam abandonó la visión de la lluvia y fue a coger la cantimplora en la cocina. Con la otra mano agarró una silla y la arrastró para sentarse frente a su hermano. Le palpó la frente y dijo:

—Estás ardiendo. Toma, bebe.

Caleb aceptó el agua y bebió despacio; entre sorbo y sorbo tosió un par de veces. Se frotó la barbilla con la manga del jersey y preguntó:

—Adam, ¿cómo era el mundo antes? Quiero decir, ¿la gente era amable? ¿Buena gente?

—¿Buena gente? —repitió dubitativo—. ¿Te refieres a si no se mataban los unos a los otros por un trozo de carne... o si no se asaltaban en los caminos para robarse las pertenencias?

—frunció los labios—. Bueno, que yo recuerde las personas sonreían más. Incluso se estrechaban la mano para saludarse.

—¿Eso hacían? —Preguntó el chico incrédulo. Le resultaba imposible imaginar tal nivel de confianza.

—Así es. Por lo visto, si se te presentaba un desconocido era algo normal. Costumbres de otra época, qué se yo. Aunque papá siempre decía que a veces las personas eran incluso peores que ahora y que había algunas tan malas que su codicia y su locura acabaron destrozando el mundo. De todas formas, yo jamás vi a nadie así. Esto... —hizo un amplio gesto con las manos para abarcar el entorno—. Esto simplemente ocurrió.

Caleb tragó saliva.

—A veces... siento que hay muchas cosas que me gustaría entender. Me gustaría tener uno de esos libros con todas las respuestas del universo —declaró abrumado.

—No existen tales libros —repuso Adam afable—. La curiosidad siempre ha sido innata en ti. Pero por desgracia hay explicaciones que yo no puedo darte.

—¿Cómo por qué le hice lo que le hice a mamá?

Su hermano enmudeció.

—Eh, no vuelvas a decir eso, ¿de acuerdo? Ya te lo expliqué: lo que pasó no fue culpa tuya.

—Pero papá me dijo...

—Papá estaba furioso aquel día —lo interrumpió—. Había perdido algo, se emborrachó y las pagó contigo.

Caleb intentó disimularlo, pero su mirada vidriosa fue incapaz de ocultar un profundo sentimiento de culpa. Adam depositó una mano en su hombro.

—Oye, papá te quería mucho. Lo que te dijo no iba en serio, créeme —le alzó la barbilla—. Vamos, intenta no pensar más en ello. ¿Qué te parece si preparo unas judías para cenar? —Bromeó, tratando de quitar hierro al asunto.

Caleb arrugó la nariz, disconforme. Fue a decir algo, pero en esos momentos un vigoroso trueno retumbó en los alrededores del desierto y lo ensordeció todo. El salón quedó iluminado por un potente estallido de luz que se coló impetuoso por el hueco de la ventana. El chico dio un respingo y se acurrucó aún más entre su frazada. Sus ojos se perdieron en la lluvia de afuera, que aumentaba de intensidad a un ritmo endiablado. Adam observó cómo el rostro de su hermano palidecía de miedo. Luego echó la vista atrás para estudiar las paredes de madera, que crujieron golpeadas por el viento.

Hizo una mueca de fastidio.

—El tiempo empeora. Pero tranquilo, la casa aguantará —afirmó convencido.

Caleb torció el gesto, angustiado.

—¿Y si Ellos entran por la noche? Siempre que hay tormenta los oigo... —susurró con un hilo de voz.

—No entrarán. No pueden.

—¿Cómo lo sabes?

—Por algo construimos la casa aquí arriba, ¿no? Para estar fuera de su alcance cuando salen —respondió intentando parecer convincente.

El chico asintió con timidez sin más remedio que aferrarse a esa idea. Acto seguido, Adam se levantó sin prisa alguna, fue hasta la ventana y cerró el portón que cubría el vidrio. Su rostro decidido se llenó de sombras y adquirió

un aire siniestro. Al hacer lo mismo con los tablones de la cocina, el salón sucumbió ante la débil penumbra de las cuatro velas que quedaban encendidas. Se dirigió a coger el fusil, que reposaba apoyado junto a la puerta, comprobó la munición y se lo colgó del hombro.

Su hermano se agarró fuerte a su brazo cuando volvió para ayudarlo a levantarse.

—Vayamos arriba. Debes descansar —murmuró Adam, echándole la manta por encima de los hombros. Tuvo que pasarle una mano alrededor de la cintura para ayudarlo a andar.

—No quiero dormir solo... por favor —le suplicó Caleb con la mirada al pisar el primer peldaño. No deseaba contagiarle la fiebre a su hermano, pero a su lado el chiquillo se sentía tremendamente seguro.

—No lo harás... —contestó Adam mientras desaparecían escaleras arriba—. Esta noche no.

El añil del cielo se exhibía tras unas pocas nubes dispersas. Acostumbrado a una penumbra prolongada, Adam tuvo que tapar el reflejo del sol con la mano cuando abrió la puerta de la casa por primera vez en varios días. Tener que hacerlo le fue reconfortante, al igual que el pequeño gesto de achinar los ojos para adaptarlos a la repentina luz. Hasta donde le alcanzaba la vista, la superficie del Yermo había despertado mojada, oscurecida y, en general, repleta de charcos de lodo y suciedad diseminada. Sin embargo, ya no se intuía lluvia por ninguna parte y a juzgar por los magníficos claros que se adivinaban en el horizonte, cualquiera diría que se había marchado para no regresar en varios ciclos.

El muchacho respiró hondo el aire que provenía del silencio del desierto e inclinó medio cuerpo hacia atrás para hacer crujir la espalda. A decir verdad había pasado una mala noche. Tan pronto lo ayudó a meterse en cama, a Caleb empezó a subirle la fiebre hasta sufrir breves periodos de alucinaciones. Adam pasó las horas en vela, sentado en un rincón del frío suelo, a los pies del jergón, sin quitar los ojos de encima a su hermano y su trasnochar sudoroso. Con el fusil sobre el regazo, la oscuridad lo invadió todo el tiempo. El constante martilleo de la tormenta sonaba como si la

mismísima atmósfera se estuviera resquebrajando, allí en lo alto. Su rugido era tan poderoso que apenas le permitió oír otros ruidos del exterior, aunque él sabía perfectamente que eso no significaba que no tuvieran lugar. Siempre, cada noche, mientras los seres humanos que quedaban con vida se sumían en su particular mar de pesadillas bajo la relativa seguridad de sus refugios, en algún lugar del desierto existía algo que se mantenía despierto.

Antes de emprender su viaje hasta la Guarida se permitió unos instantes; injirió una píldora de yodo y comprobó el interior de su mochila para cerciorarse por última vez de que no se dejaba nada. La casa se había convertido en un espacio de cuatro paredes vacío de objetos y tan solo aquello de verdadera trascendencia permanecía libre del polvo en su lugar de uso, como un recordatorio solitario de su manifiesta pobreza de recursos. Había seleccionado con sumo cuidado la mercancía que se iba a llevar para el intercambio: un encendedor de plástico, muy arañado pero que aún funcionaba; la hoja sorprendentemente afilada de una navaja; doce páginas amarillentas de una revista llamada *Uncut*, cuya portada databa de mayo de 2012, y una vieja tetera de cobre manchada por el óxido. Con eso debería tener suficiente para hacerse con la medicina que necesitaba Caleb. Si regateaba un poco con los mercaderes puede que sacara también para una ración de carne. Dudaba de que le llegara para algo más.

Levantó la leva de la plataforma exterior para dejar caer la escalera. Luego aseguró la puerta de la casa deslizando sobre ella de derecha a izquierda una piedra imantada que siempre llevaba consigo. El cerrojo de metal del lado interno de la puerta hizo un ruido de fricción al deslizarse. Así protegían el refugio de los saqueadores. De todos modos, era del todo improbable ver a alguien merodear

por aquella zona. Ellos dos eran los supervivientes que vivían más al norte de la región, en los límites del Yermo conocido, y por lo que Adam sabía, más allá no quedaba nada. Los pocos forasteros que en raras ocasiones contaban sus historias en las tabernas de asentamientos como la Guarida, siempre decían proceder de las tierras del sur o del este. Jamás conoció en persona, ni escuchó rumores, de nadie que asegurase llegar desde más arriba de las ruinas de Londres: la Zona Prohibida.

A medida que bajaba los peldaños, una creciente sensación de malestar le oprimió el pecho. Sabía que no le quedaba otro remedio, pero dejar a su hermano en el estado en que se encontraba le preocupaba demasiado.

—Estaré de vuelta al atardecer —le dijo antes de salir de la alcoba, hacía escasos minutos— Pero si ves que el sol se oculta y aún no he regresado no te asustes. Significará que no me ha dado tiempo a llegar y he tenido que quedarme en casa de los Belicci. En ese caso haz el esfuerzo de bajar hasta la puerta y recoger la escalera. Sobre todo no te olvides de eso. Yo me pondré en marcha tan pronto amanezca. —Le besó la mano y le acarició la mejilla—. Aguanta, hermano. Te he dejado un vaso de agua sobre la repisa. Bebe cada poco tiempo, aunque no tengas sed.

Caleb asintió, débil, se dio la vuelta y se acurrucó bajo las sábanas. Cerró los ojos y se dejó llevar hasta la delicada frontera que separa la consciencia de los sueños. De nuevo, no tenía fuerzas para discutir, tan solo para llorar; estaba enfermo y le dejaban solo...

Pese a que ya se había acostumbrado a esa visión, cuando Adam pisó tierra de nuevo se detuvo a observar con suma inquietud el rastro anárquico de las huellas; ahí estaban

otra vez. No estaban hechas por pies humanos, ni tampoco por ningún animal del que él tuviera constancia. Los animales tan grandes no habían sobrevivido al holocausto; la mayoría murieron de inanición, mucho tiempo atrás. No, lo que el lodo exhibía era una sucesión de garras compuestas por dedos retorcidos y alargados. Estaban por todas partes, grabadas con profundos surcos llenos de agua. Por lo menos se intuían de tres tamaños distintos. Y tal como se distribuían era evidente que, fueran lo que fuesen los seres que las dejaron, habían estado dando vueltas alrededor de la casa durante toda la noche. Luego, las pisadas se alejaban hacia el norte, más o menos en dirección a esa boca de metro abandonada en la que había perdido la pelota su hermano días atrás.

Un escalofrío le recorrió la espalda. La escena era de lo más perturbadora, aunque nada que no hubiese visto ya con anterioridad.

No estaba en su poder cambiar los hechos. Se mordió el labio inferior, un gesto que hacía a menudo si algo le preocupaba, y en silencio se encaminó hacia el sur.

Cuando llevaba algunos pasos una fina gravilla se levantó mecida por el viento. Su silbido, que parecía transportar la esencia misma de la desolación, lo acompañó hasta llegar al asfalto castigado de la carretera. Los edificios y las casas menos mutiladas se prolongaban a ambos lados de esta hasta fundirse con la curva que dibujaba el horizonte. Esa región del Yermo no estaba del todo desierta. La chabola de los Belicci, siempre de aspecto raído y destartado, se alzaba a unos cientos de metros por delante de su posición, como si fuera un ladrillo cuarteado separando dos paredes de hormigón. Recordó que llevaba varias jornadas sin ir a verlos y se prometió a sí mismo que cuando su hermano se recuperara ambos pasarían a visitarles una tarde.

Normalmente salían de aquella casa con menos hambre que cuando entraban, y esa era una circunstancia de la que no quería abusar, pero tampoco desaprovechar.

Habría cavilado acerca de eso largo y tendido si no hubiera sido por algo que lo hizo pararse en seco. A varios metros por delante, difuminándose entre una densa cortina de polvo sacudida por el aire, vio una silueta humana acercarse por la carretera. Era un hombre adulto. Se protegía de la polvareda con un brazo por delante de la cara. Al advertir la presencia del muchacho también se quedó inmóvil.

Por un segundo, en el que ambos desconocidos intercambiaron una mirada tensa, el tiempo pareció detener su implacable paso.

El tipo se puso enseguida a la defensiva; desenfundó con rapidez un machete herrumbrado que llevaba sujeto a la mochila y fue a dar un paso al frente. Como si fuera su propio reflejo, Adam se llevó la mirilla del fusil a la cara.

—Hazlo y te mataré —lo amenazó el muchacho, sin mover ni un músculo.

El hombre pareció dudar.

—No busco pelea —voceó entonces. Tal vez al darse cuenta de la clara desventaja en la que se hallaba.

Adam pudo ver a través de las ralladuras de la lente unos dientes amarillentos y podridos. El tipo era bajito, de tez morena y llena de arrugas. La piel se le tensaba de manera evidente en los pómulos manchados de hollín. Estaba muy delgado y lucía una espesa barba que le sobresalía veinte centímetros por debajo del mentón. Su sucia melena castaña se sacudía al compás del viento.

—A juzgar por cómo has reaccionado al verme no es lo que parece —repuso Adam—. ¿De dónde vienes?

El hombrecillo escupió en el suelo una suerte de líquido pegajoso y gris que parecía de todo menos saliva.

— De levante, del asentamiento de Canterbury — pronunció con cierto desdén —. Mi comunidad me condenó al exilio.

— ¿Por qué? — exigió saber Adam.

Era evidente que no podía fiarse de lo que le contara un extraño, pero formularle algunas preguntas le daría tiempo para estudiarle lo suficiente y determinar si realmente representaba una amenaza.

— Mira, no te ofendas, pero... ¿a ti qué narices te importa? — apuntó con su cuchillo hacia los restos de Londres y continuó hablando —. He seguido la ruta comercial y ahora me dirijo hacia el norte. Si quieres que hagamos un trueque adelante, y si no, apártate de mi camino, cojones — abrió bien los ojos al pronunciar eso último.

Adam adivinó temor en ellos; apartó un segundo la vista de la mirilla y aceptó con un breve gesto con la cabeza.

— Enséñame lo que traes. Despacio.

El desconocido asintió a desgana y resopló al arrodillarse. Hizo una mueca de dolor al quitarse la mochila de la espalda y apoyarla en el suelo, como si padeciera una intensa molestia en la columna vertebral. Entonces empezó a abrir la bolsa poco a poco y a sacar algunos objetos de dentro.

Lo primero que extrajo fue una pequeña brújula marrón que casi con toda seguridad no funcionaba.

— Esto no lo cambio — murmuró mientras seguía escudriñando el interior de la bolsa sin perder de vista al muchacho.

Sus manos vendadas rescataron también una botella de plástico vacía, un lápiz a medio gastar, un estuche de metal que no cerraba bien y una casaca bordada de color azul bastante estropeada; sin duda, una valiosa pieza para alguien que se considerara un nostálgico del arcaico estilo de vida inglés.

— Ahí está todo con lo que puedo negociar — señaló con la mirada los objetos cuidadosamente expuestos sobre el asfalto —. El resto lo necesito.

Adam, sin dejar de apuntarle, dio un paso al frente.

—¿Qué pides por ese lápiz? —preguntó alargando el cuello, al acordarse de los lápices de colores que su hermano creía haber perdido.

El hombre soltó un bufido de risa.

—¿Qué pido por el lápiz, dices? Lo de siempre. ¿Tienes comida?

—No.

Su rotunda negativa pareció decepcionarlo.

—¿Estarías dispuesto a cortarte un dedo por él? —preguntó después. En su tono había un atisbo de desesperación—. No, claro que no —se respondió a sí mismo, antes de que pudiera contestarle—. No pareces de esa clase de gente...

Adam simplemente permaneció callado, con actitud fría y atenta.

El tipo volvió a guardar las cosas en la bolsa, dando la breve negociación por zanjada, y se puso en pie con dificultad.

—¿Por qué te diriges hacia el norte? —El muchacho cambió de tema—. Allí ya no queda nada excepto ellos. ¿Es que quieres morir?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Tal vez... —contestó y miró hacia el cielo. Un cuervo famélico cruzó graznando de forma estridente varios metros por encima de su cabeza. El tipo lo señaló—. Ese puto cuervo lleva siguiéndome todo el día. Malditos cuervos... odio los cuervos... —gruñó. Luego le devolvió la mirada—. Morir, vivir... demonios ¿qué más da? Cuando has visto las cosas que yo he visto, ya no queda nada que te siga atando a este mundo.

Adam ya había tenido suficiente. A decir verdad, le importaban un pimiento sus motivos. Pero ese rato de conversación estéril le sirvió para cerciorarse de que aquel desconocido no suponía ningún peligro. Algo de lo que

debía estar muy seguro cada vez que se cruzaba con un rostro anónimo en pleno desierto. Bajó el rifle y le hizo un gesto con la mano.

—Vete —añadió.

El viajero movió los labios, poniendo de nuevo al descubierto su estropeada dentadura.

—¿Crees que soy imbécil? ¿Qué te impediría dispararme por la espalda y quedarte con todas mis pertenencias una vez me aleje de ti?

—El honor —respondió Adam concluyente—. Y que, al igual que yo, no dispones de todo el día.

El tipo se pasó una lengua áspera y blanquecina por sus labios agrietados. Lo caviló unos segundos y dio un paso al frente, sin más remedio que aceptar su explicación.

—Espero que seas un hombre de palabra —mencionó cuando pasó por su lado, a una distancia prudente. Sostenía su mochila contra el pecho con recelo, como si fuera un valioso tesoro.

Mientras se alejaba, Adam observó las manchas de sangre reseca que le salpicaban el jersey por la espalda; parecían el mapa macabro de un conjunto de islas. No era la primera vez que se las había visto a alguien. Cuando a las personas no les quedaba nada con lo que negociar y estaban desesperadas, a menudo llegaban incluso a ofrecer partes de su propio cuerpo como moneda de cambio. Generalmente, las tiras de carne de arriba de las lumbares o de las nalgas era lo primero de lo que se desprendían. Aquel no le parecía un caso grave; él había visto auténticas atrocidades: gente sin piernas, manos, o cuyo rostro era ya irreconocible.

El muchacho esperó hasta que la figura se hubiera distanciado lo suficiente de la línea meridional de su casa. Las ráfagas de viento se habían vuelto intensas y ahora la arena le golpeaba la piel con ferocidad.

Está loco, — pensó mientras se ajustaba los anteojos y se subía el tapabocas hasta la altura de la nariz para protegerse el rostro — . En su estado no llegará ni a esta noche si decide cruzar los límites de la Zona Prohibida.

No era su problema; desde el día en que su padre lo hizo mirar a otro lado al pasar frente aquel anciano cuando tenía seis años, el resto de los seres humanos había dejado de serlo. Lo único que le importaba era seguir su propio camino. Y eso hizo: se dio la vuelta y empezó a andar como un espectro silencioso, perdiéndose entre el polvo arremolinado.

A cada paso, las ruinas del Yermo lo acompañaban perseverantes.

Le quedaba un largo trayecto por recorrer.

Caleb abrió los ojos y empezó a toser de forma incontrolada. Se llevó una mano al cuello; se estaba ahogando en sueños. Trató de incorporarse con los codos, falto de fuerzas, y apoyó la espalda en la pared. Sentir la madera tibia contra su cuerpo febril le provocó un escalofrío.

A juzgar por el fragor que se escuchaba en el exterior hacía rato que se había desatado una tormenta de arena. Sin poder evitarlo, los labios le temblaron y dos lágrimas de angustia resbalaron mejilla abajo. Su hermano se encontraba ahí fuera, por él, y ahora la casa estaba tan vacía... Deseó con todas sus fuerzas que estuviera bien.

Tenía la boca seca y la piel le ardía. Con dedos trémulos agarró el vaso de agua de la repisa y bebió en un arrebato de sed. Dos hilillos transparentes le cayeron por la barbilla. Intentó serenarse, recobrar el ritmo normal de respiración. Sobre la cama, sudando como pocas veces lo había hecho, el chico trató de recordar la atroz pesadilla que tanto lo había perturbado hasta el punto de casi asfixiarlo.

Abducido por su propia soledad, sus ojos se posaron en un punto fijo de la pared, cuya superficie pareció convertirse en un estanque de agua turbia cuando las imágenes del sueño regresaron a su mente, borrosas y lejanas.

«Cariño, cálmate... Mamá está aquí...»

Su madre no tenía las manos finas, más bien todo lo contrario. Los callos y asperezas de sus dedos eran un signo inequívoco de la clase de vida que estaba obligada a llevar. Recordaba el olor a sudor limpio que desprendía, así como el azul intenso de sus ojos, que lo miraban con ternura mientras le acariciaba la cara con toda la delicadeza con la que una madre obraría para apaciguar el terror nocturno de su pequeño. El del sueño era el refugio en el que vivían antes, en el barrio londinense de Bexley. Lo recordaba más amplio y robusto que el actual, aunque los tabiques estaban muy sucios y agrietados. En el regazo de su madre, Caleb escuchaba los gritos provenientes del Yermo. Hacía poco que la noche se había llenado de alaridos terribles y anárquicos, punzantes.

Le daban miedo.

Pensó que si tuviese que asociarlos con una imagen ésta sería la de un frondoso bosque quemándose de manera desbocada, hundiéndose bajo el peso de las llamas, o tal vez la de unas uñas saliéndose de sus yemas al rascar con fuerza una tabla de madera. En esos momentos hubieran podido venirle a la cabeza muchas otras, pero fueron éstas en concreto, nacidas de lo más profundo de una atormentada imaginación, las que se encargaron de darle forma al dolor que se adivinaba más allá de aquellas paredes viejas y enmohecidas.

«Mamá está aquí...»

Los aullidos siguieron resonando salvajes, mezclándose con la oscuridad del exterior; lamentos de auxilio, llantos de niños... hasta que ya sólo quedó el silencio... el eterno y frío silencio. Entonces, la puerta en el piso de abajo sufrió un primer impacto. La tabla de madera se quejó y comenzó a resquebrajarse a base de brutales y frenéticos golpetazos.

En cualquier caso, él sabía que nada malo podía sucederle. Se sentía seguro entre los brazos de su madre. Ella jamás iba a permitir que nadie le hiciera daño.

Jamás.

«*Cálmate, cálmate...*»

Tras sus delicadas palabras, no hubo ningún aviso, ni siquiera una mínima variación en su tono de voz que le hiciera captar que algo en su forma de mirarlo no iba del todo bien. Las manos de su madre dejaron de acariciarle el pelo y la mejilla para deslizarse hasta su cuello. Sin entender por qué lo hacía, el pequeño Caleb sintió la presión de sus dedos oprimiéndole la garganta. Al principio esperó, creyendo que tendría una explicación coherente para hacérselo —ella siempre tenía un motivo para todo— o que formaba parte de un juego, pero cuando sus pulmones empezaron a reclamar con urgencia una nueva dosis de aire y quiso suplicarle que parara, ya no podía hablar; su voz se había roto. Y ella lo miraba con ojos cristalinos, ambiguos, hinchados por el esfuerzo pero arrasados por la pena. Las sombras que se dibujaron en su semblante debido a la lánguida luz de las velas le confirieron de repente un aspecto aterrador. Una lluvia de lágrimas e hilos de su saliva le cayeron sobre el rostro, ya amoratado.

«Perdóname, porque yo no puedo...», masculló ella entre dientes.

Mientras se ahogaba en su propia bilis, Caleb creyó oír chasquidos en los peldaños de la escalera. Luego todo se volvió oscuro... y despertó.

Cada vez que soñaba con su madre se quedaba un largo rato muy afectado. Eran pesadillas horribles que lo traicionaban; brotaban sin permiso desde los confines de su mente

para obligarlo a revivir aquella oscura parte del pasado que su subconsciente tanto se había esforzado en enterrar.

Se desabrochó los botones superiores de la camisa y se frotó el pecho con la mano. Aún podía sentir aquella bola de cemento imaginaria en su garganta. ¿Cuánto rato habría dormido? Hubiera jurado que un día entero. Trató de levantarse. Los huesos le dolían y crujían como si estuvieran hechos de cristal frágil. Se sentía mareado y vulnerable. Fue cuando alcanzó tambaleante la puerta de la habitación que se dio cuenta de las ganas tremendas que tenía de orinar. Encorvó las piernas, era como si mil cuchillas afiladas se le clavaran en la vejiga. Pese a su urgencia, bajó por la escalera con cuidado. Estaba oscuro. Cuando llegó al salón comprobó, a través de la débil luminiscencia que entraba por la ventana, que el atardecer estaba llegando a su fin. Se quedó inmóvil, dejando que el pánico lo abordara. En un primer momento se puso a temblar, pero pasados unos segundos trató de respirar hondo.

«No pasa nada — se dijo repetidas veces —. Adam debe de estar a punto de regresar.»

— No pasa nada... — murmuró de nuevo para sí mismo mientras se encaminaba con pasos lentos e inseguros hasta la cocina.

Quiso encender una vela, pero el mechero que siempre utilizaban había desaparecido —debió de haberlo cogido su hermano—, así que tomó una de las cerillas secas que aún quedaban en un cajón. La rascó contra un trozo rugoso de la pared e hizo prender la mecha.

Con el cirio en la mano se dirigió hacia el retrete. La cera empezó a derretirse con rapidez y a caer en forma de ruidosas gotas sobre el suelo. Su hermano se enfadaría si lo viera, pero no quería quedarse a oscuras mientras orinaba.

El lavabo era un habitáculo reducido y cuadrado. Apenas cabía una persona de pie. Había tres cubos en el suelo; los dos grandes los tapaban y los llenaban con las reservas de agua de la cisterna, de los cuales bebían y se aseaban respectivamente. El pequeño era donde hacían sus necesidades, que luego vaciaban en un sumidero cercano. En el suelo también encontró una cucaracha muerta, que apartó con el pie sin pensárselo.

El chico apoyó la frente en la pared y se bajó los pantalones hasta las pantorrillas. Cuando el primer hilo de orina brotó tuvo que contener unas horribles ganas de chillar. En vez de líquido, sintió como si le saliese un alambre de fuego incandescente. Y durante el largo rato que duró aquel suplicio fue castigado por intensos calambres que le atravesaron la piel bajo el abdomen. Cuando terminó y echó la vista abajo hizo un gesto de desesperación al ver que el fluido amarillo había quedado mezclado con sangre.

Con ojos llorosos se encaminó hacia la puerta de la entrada. En el trayecto dejó la vela sobre la repisa del salón. Después se cubrió el cuerpo con una de las mantas astrosas que reposaban encima del sofá. Volvía a tener frío y la oscuridad apremiaba.

«Si para entonces no he regresado, haz el esfuerzo de bajar hasta la puerta y recoger la escalera.» — Recordó las palabras de Adam —. «Sobre todo no te olvides de eso.»

Con el corazón en un puño deslizó el cierre y salió al exterior.

La tormenta de arena estaba cesando y su lugar lo ocupaba la habitual quietud del Yermo, tan sólo rota por ocasionales ráfagas de viento gélido. La penumbra era casi total, y ahí en lo alto la negra noche reclamaba impaciente su reinado, tan lúgubre y perversa.

— ¿Dónde estás, Adam? — se lamentó.

Esperó un par de minutos, observando cómo las sombras crecían y se hacían más profundas a su alrededor, engulléndolo todo.

—¿Dónde estás? —suspiró de nuevo, muy angustiado. Tener que encajar el hecho de que no iba a regresar aquel mismo día fue como morirse por dentro.

Se sentía hundido y abandonado, y no tardó en invadirlo una nueva oleada de pavor al deducir las desastrosas consecuencias que podría haberle acarreado quedarse dormido durante sólo media hora más: la casa habría quedado completamente expuesta.

Se puso a llorar, tanto por la propia desolación como por el intenso dolor alojado en su cuerpo, y se agachó para tratar de replegar la escalera. No tenía alternativa. Con las pocas fuerzas que le quedaban tiró de los hierros hacia arriba, una vez y otra, acompañando cada movimiento con un grito lastimoso. Las lágrimas le caían como gotas de rocío hasta desaparecer en la negrura y estrellarse contra el desierto invisible.

Para cuando terminó ya no se veía nada más allá de un par de metros por delante. Por pura inercia se dejó caer hacia atrás, exhausto. Durante un minuto ni se movió, mientras sus pulmones reclamaban aire con urgencia. Luego tuvo la voluntad de incorporarse y regresar al interior de la casa.

Sus pasos bamboleantes lo llevaron de nuevo hasta el sofá, donde se tumbó en una esquina. Allí, no apartó la mirada de la puerta; su visión estática lo intimidaba. Y por mucho que lo intentó, no pudo evitar que su cuerpo empezara a estremecerse como si estuviera envuelto por corrientes eléctricas.

El miedo y el silencio lo bloqueaban.

Sobre todo el silencio.

Ese maldito silencio...

Y entonces, desde algún lugar del Yermo, llegaron los primeros aullidos, tan escalofriantes que le cortaron la respiración y le helaron la sangre.

«Ya están aquí —pensó horrorizado—. Ya han despertado...»

Cerró con fuerza los ojos y se refugió bajo el peso de la manta. Deseó dormirse para que el nuevo día llegara rápido y así poder abrazar de una vez a su hermano. Pero él sabía que le iba a ser imposible dormir. Así no. Su delirio le hizo creer incluso que el desierto lo llamaba con susurros agudos.

Fue tras la segunda o tercera vez de imaginarse que los oía cuando abrió los párpados de golpe y prestó más atención. Entonces no le cupo ninguna duda: no se trataba de su torturada imaginación. Era la voz de Adam gritando en la lejanía. Clamaba su nombre a pleno pulmón y algo acerca de la escalera.

Corría hacia la casa gritando con voz enronquecida.

Y conocía muy bien a su hermano...

Estaba en apuros.